



EL TIEMPO SE HA DETENIDO

JUAN JIMÉNEZ GARCÍA

ORFANATO, DE SERHIY ZHADAN (GALAXIA GUTENBERG)

¿Cómo contar la guerra? Escribo esto y lo primero que me viene a la cabeza es, precisamente, *Guerra*, de Louis-Ferdinand Céline, ese primer capítulo encontrado de ese libro perdido, perdido durante décadas, luego encontrado, luego ahí, con ese Ferdinand que despierta, herido, y está rodeado de cadáveres y atraviesa un campo de cadáveres. Pienso en *Orfanato*. El protagonista atraviesa un mismo campo de muertos. El problema, por llamarlo de algún modo, es que sus muertos están vivos. Sus muertos, si no están vivos del todo, al menos quieren vivir. Volver a la vida o no irse de ella. Volver a la vida es huir, es escapar, salir de sus refugios, de sus hogares, abandonarlo todo, lanzarse a los caminos para encontrar la nada. En determinado momento de la novela, el protagonista, Pasha, aspira a no ver a nadie, a no oír nada, olvidar ruidos y olores, olvidar lugares, olvidar. *Orfanato* es la historia de un viaje. Un viaje sino al fin de la noche, si a un mundo en camino, en eterno movimiento de vaivén. Un espacio en el que *nosotros* es un término confuso, como ellos, como

los otros. En el que las banderas han perdido sus colores, los vencedores no saben que han vencido y los perdedores no se reconocen como perdedores. Estamos en Donbás, en el este de aquella Ucrania, aunque aquí se habla de sur y norte, por los enfrentamientos avanzan en esa dirección. Donbás es una región prorusa (dicen) y se formaron milicias que se hicieron con aquella zona y que fue el germen de la actual guerra rusoucraniana, después de años de enfrentamientos interpuestos. En la novela de Zhadan, no sabemos quién es quién (son intuiciones, certezas que se quieren intuiciones) y ellos mismos se lo preguntan y lo preguntan una y otra vez. Podríamos pensar en una guerra civil, pero es como una explosión interior en la que, de pronto, hay que posicionarse, estar en algún bando. La pregunta se repite: y tú, ¿con quién estás? La res-

puesta siempre es con nosotros. Pasha es profesor. Enseña lengua ucraniana. Volvamos atrás. Tiene treinta y cinco años. Su padre le pide que vaya a por su sobrino. Su sobrino está en un orfanato, en zona de combates. En realidad, su sobrino no es huérfano. Su padre se marchó. Su madre, la hermana de Pasha, es revisora en trenes. Lo ha dejado allá. Solo eso. El muchacho ha tenido algún problema. Está allí, en todo caso. Hay que ir a recogerlo. Pero ir a recogerlo, lo que antes sería nada, ahora es ir hacia lo desconocido. La línea entre unos y otros se ha movido. Dónde antes había un control, ahora solo hay el anuncio de que se aproximan los otros. No hay opción, hay que seguir, como sea. Ese como sea, es el viaje alucinado, alucinante, asfixiante, oscuro como lo más oscuro, solitario, pero nunca solo. Primero sin nadie, luego con Sasha, su

sobrino de trece años, de vuelta. Mientras todo se derrumba o está derrumbado o está por derrumbarse. Atraviesan ruinas, sótanos con refugiados, calles desiertas en las que se presiente la muerte, caminos solitarios, campos peligrosos, cadáveres de perros o, peor, jaurías de perros callejeros. Muertos. Fragmentos de muertos. Olor a carne quemada, olores indefinibles, ruidos que les consumen, tanques que avanzan en el vacío. Luego, la nieve, el frío, la miseria. Alguna cosa buena, pocas. Siempre el miedo, el miedo extremo. Por momentos, todo se viene abajo, también nosotros, lectores. El libro nos ahoga, el aire enrarecido. Nada nos es indiferente. No entendemos, como Pasha, dónde andamos. La deriva es el movimiento natural. Cuando ocurre algún reencuentro pensamos, ah, era aquel, aquel que encontró hace tiempo... Hace tiempo es un día o dos de los tres que abarca el viaje. Hace tiempo son unas cuantas páginas. El tiempo se ha detenido. Caído por un precipicio, ha quedado ahí abajo, entre las rocas, hecho pedazos. Como la Historia.

AL OTRO LADO DEL MUNDO

ÓSCAR BROX

CARTAS DESDE EL MANICOMIO, DE DARIO DZAMONJA (SAJALÍN)

Bastan unas pocas páginas de *Cartas desde el manicomio* para reconocer el espíritu y el tono literario con el que las escribió Dario Džamonja. Empezamos por lo obvio: su autor, como tantos otros, abandonó Sarajevo cuando la guerra ya era inevitable. Recaló en los Estados Unidos, en los que se movió en el estrato más bajo de la sociedad, a casi tanta distancia del sueño americano como de una patria por la que sentía una profunda añoranza. Džamonja vivió, prácticamente, al margen. Pegado a las noticias, a la melancolía y al alcoholismo; también, a una familia que nunca ocupó en su corazón el tremendo amor por la ciudad perdida. Quizá porque Sarajevo era, a fin de cuentas, algo más que una ciudad; era una porción de su identidad, un lugar -o, mejor dicho, muchos lugares- de su memoria, y sobre todo era un buen puñado de tiempo vivido. La mayoría de él tan borrado del mapa como calles y edificios, comercios y casas, destruidos por la guerra. Uno podría pensar, entonces, que Džamonja escribía para recordar. Para no olvidar. Pero diría que, en verdad, lo hacía para vivir. Para concederse esa oportunidad sobre el papel que, tal vez, en la realidad no era tan fácil. Como ese otro gigante melancólico llamado Serguéi Dovlátov. Y lo cierto es que eso se nota a medida que avanzan sus relatos; en esa convivencia, perfectamente armoniosa, entre anécdotas, situaciones, confesiones y juegos puramente literarios. He ahí, por ejemplo, esa pequeña escena que relata a propósito de una camarera,

Olivia, con la que flirtea un poco a la desesperada. Cómo la describe, cómo hace de su narración algo liviano, casi una nadería, un entretenimiento que no tiene por qué ir a ninguna parte. Y cómo, después de todo eso, del regusto agrídulo con el que se lee la escena, le basta una línea para convertirlo en un relato de marginal costumbrismo. Como quien no quiere la cosa. En *Cartas desde el manicomio* conviven perdedores, la mayoría, con momentos poco memorables que su autor utiliza, si acaso, para dar cuenta de que sigue ahí. Un matrimonio americano que no ha salido muy bien -que Džamonja, por cierto, descubre en sus episodios más oscuros y violentos- y un nuevo país vertebrado entre trabajos basura, nostalgia de aquel otro mundo, bares sin historia y litros de alcohol. En esa tesitura, las ráfagas de imágenes que trae la antigua Sarajevo se entremezclan con ese entorno de realismo sucio en el que se maneja su autor. Aquello, definitivamente, no era un edén, pero sí una vida construida entre muchos espacios, a través de rostros, voces, historias y anécdotas. Esto, en cambio, está saturado de una infinidad de estímulos, pero ninguno consigue arrancar en Džamonja esa sensación de vivir. Tan solo la rabia y el humor

con el que pone en escena sus bajas pasiones. Sexo mustio. Alcohol barato. Trabajos no cualificados. Podría parecer un personaje de Bukowski, pero en realidad va unos cuantos pasos más allá. Porque Džamonja es muy consciente del protagonista al que está dibujando, de la idea de alter ego que traslada desde sus páginas. Y, más que sus penas, lo que quiere hacernos entender es ese amor desbocado por Sarajevo. Tanto como para romper cada familia que construye, separarse de sus hijas y mantener viva la esperanza de volver a pisar una ciudad de la que nunca se despidió completamente. La de Džamonja es una escritura que va al grano, siempre afinada para la anécdota y también para la caricatura. Escribe como si tradujese algo que se le ha quedado en el oído, con esa frescura que huele a que no ha tenido que darle muchas vueltas. Y, sin embargo, resulta indudable que hay detrás de cada relato un trabajo literario al alcance de pocos. Fundamentalmente, porque no transmite una melancolía machacona, propia del último borracho acodado en la barra del bar, sino la tristeza de alguien que ya solo sabe vivir a través de lo que escribe en esas mismas páginas. El resto, como Sarajevo, se ha perdido entre conflictos culturales cuyas heridas tal

vez nunca cicatricen. La risa, que la hay, es como un mecanismo de autodefensa para no dejarse comer por tantas cosas superfluas: el sueño americano, los compromisos políticos, la familia, el trabajo, etc., etc., etc. Frente a eso, Džamonja se revuelve con un personaje incómodo, violento, volátil y perdedor. Casi tanto como cualquier antihéroe de los 90. Y, pese a todo, no dudaría en afirmar que *Cartas desde el manicomio* es un libro hermoso, atiborrado de vivencias y lugares que su autor describe sin mucho detalle pero con ese tono tan justo que la ficción solo admite cuando hablas de algo que se te ha incrustado, más que en el corazón, en el estómago. En el bajo vientre. Que te molesta, que te maree, que a cada tanto te recuerda que ya no estás ahí. En el Fútbol Club Sarajevo. Junto a los paisanos. Junto a buscavidas. Recabando historias. Vivencias. Rostros. Lugares. Al otro lado del mundo. Hay muchas Sarajevo que mueren en este libro, que saltan por los aires en unos cuantos relatos. Casi tantas como anécdotas de aquella otra vida, de sus miserias y glorias. Infinitas. Como las ganas de volver a casa. Este podría ser, a su manera, un libro-casa. En sus hojas palpita la ciudad, sus recuerdos y la vida breve de su autor. Narrada a toda velocidad, a grandes sorbos, a golpes, gritos, destellos de cultura y muchas palabras de amor. Otro gigante melancólico. Aunque Džamonja, a diferencia de Dovlátov, sí consiguió volver a Sarajevo y morir en su ciudad. Definitivamente, un mito.

HALLAR UN TODO A LA VEZ

FRANCISCA PAGEO

ESCRITOS SOBRE PINTURA, DE HENRI MICHAUX (VASO ROTO)

Dicen que la traducción es otra forma de interpretar el texto. Es, también, que el traductor lo haga suyo. Y es, de este modo, como la ensayista, poeta y traductora Chantal Maillard crea un diálogo con Henri Michaux en este libro, uno de los artistas que más ahondaron en el alma humana durante la época de las vanguardias, a pesar de que él no se considerase vanguardista per se. De hecho, él no pasaría por las vanguardias, sino que las vanguardias pasarían por él. Estamos ante escritos que no sólo hablan de la pintura, sino de la mente, de los sentidos, del alma, del espíritu y la verdad. Como dice Alain Jouffroy, para Michaux la verdad jamás era algo parecido a un fin, sino el agujero en el que el pensamiento debe sumergirse para tocar fondo. El autor opta por la pintura porque apenas se halla en la palabra. Busca y hurga en el infinito y en las formas, en el contenido y en los trazos, los cuales no son más que "un signo en movimien-

to". Sus pinturas y textos no son más que pasajes mentales que bordean los límites de la conciencia, pero no la limitan, sino que la extienden. Michaux pinta tal como escribe, lo dice él. Parte de su escritura está estrechamente relacionada con la experimentación de sustancias alucinógenas, como la mezcalina y el hachís, a las que recurriría para poder vivenciar otras formas de conciencia. Con ello pretendía hallar un lenguaje mediador, una lengua-signo. En el libro aparecen sus dibujos y les da un significado, que no es ni más ni menos que el de pensamientos fragmentarios. No es la pintura lo principal en este libro, sino lo inexpresable y el hilo sobre el cual se mueve toda la creación

interna y externa que el hombre lleva consigo. Michaux pinta para no vivir condicionado, para expandir su conciencia, llevarla a otros terrenos que no muchos somos capaces de ver, percibir o asimilar. Pareciera que Michaux es capaz de hallar un todo a la vez, tanto con lo que escribe como con lo que pinta, tanto con lo que habla como con todo lo que expresa. Michaux habla de la caligrafía y el carácter chino. En ellos halla un medio, un canal sobre el que expresarse para poder dar rienda suelta a lo que en su interior bulle. Se encontrará estrechamente ligado a ello y ahondará como afán estudioso en ellas. Chantal Maillard ha hecho un grandioso trabajo aquí. No sólo por haber sido capaz de tradu-

cir lo inexpresable, sino por habernos traído el pensamiento de Michaux de primera mano, sin ninguna necesidad de mediaciones ni posibles adivinanzas, ya que el trabajo de Michaux es una gran adivinanza en sí misma. Él, que sondea en la verdad, nos da signos, claves para verla, pero esta queda de algún modo velada. Queda en el misterio como todo gran arte. *Escritos sobre pintura* es un libro enorme. Un libro en el que la enseñanza por la forma directa de ver la mente humana se destripa y desmenuza para dar paso a la expresión artística. Y no sólo ella. La expresión también es filosófica y ancestral, pues Michaux no se mueve sólo en lo contemporáneo, sino que es capaz de ir a lo primitivo y a la esencia misma de las cosas. Michaux habla con el signo, esa lengua predecesora al lenguaje hablado y escrito. El signo de lo que aún no se ha creado y todo está por hacer. El signo, la esencia de todo gran arte.

LENTO DESCENSO

JUAN JIMÉNEZ GARCÍA

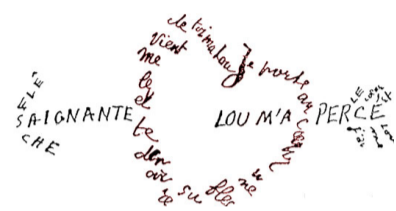
HACIA LA OSCURIDAD, DE ANNA BOLAVÁ (BÁLTICA)

Hay tanta luz que apenas puedo distinguir algo del blanco de la pantalla. Esas nubes son aire. Hace tanto aire que mueve la pantalla de portátil. Qué absurda poesía puede haber en esto, abandonado el papel, abandonada la escritura, convertidas las manos en mecanismo transmisor, en sucesión de impulsos. La luz corta en diagonal la torre de la iglesia (podría decir: la sombra corta en diagonal la torre de la iglesia, pero elijo la luz). Antes pensaba que todavía no habían vuelto las gaviotas reidoras, pero ahora oyes reír a una con pena, ahí en el tejado de enfrente. Una paloma camina con esos andares estúpidos que tienen por una de las cornisas. Pasados los días de lluvia, una lluvia triste y gris, insuficiente, esto es lo que ha quedado. Pienso en todo esto porque estos días estabas leía *Hacia la oscuridad*, un tratado sobre hierbas medicinales y un camino consentido hacia la consumición como persona. Cada planta tiene su tiempo, ese tiempo lleva hasta el instante de la recolección, la recolección da paso al secado, y tras el secado, que vuelve la planta quebradiza, su venta en la lonja. Así, la vida de la protagonista va cumpliendo su propio ciclo en el que, si bien todo no es

tan preciso, sí que sucede, sucede al hilo de los días, de las tormentas, de la recogida, de los viajes en bicicleta, de las pequeñas tragedias, de los baños, de heridas, de los encuentros casuales, del recuerdo de la abuela, de la sospechada presencia de la única mano de aquel que fue su marido, de la muerte del odiado suegro, de sus dos primas, Miluška y Marcela, y sus problemas con el amor. Contar coronas, calcular pesos, llenar bolsas y bolsitas, arrastrar carros, arreglar pinchazos, perder la vida, como aire que se escapa de un neumático pinchado. Renunciar a la curación, abrazar el presente. Vivir la soledad intensamente, como algo elegido, buscado, defendido. La infancia es el lugar donde empieza todo. Luego seguimos, pero buena parte de lo que valía la pena se ha quedado ahí. Tardamos en darnos cuenta. Primero echamos en falta algo, luego otra cosa, luego algo más. Anna tiene aquel desván y yo tenía aquella cámara. En la de Anna se secan las flores medicina-

les, en la de mi abuelo se secaban las almendras. Anna piensa que debería dormir ahí arriba, porque es el lugar donde mejor se siente, y yo dormía ahí arriba, porque era mi sitio. Dónde se fue la luz de aquellos días... En el libro, nada parece ocurrir; sin embargo, todo sucede. El cuerpo se cae a pedazos, se desfragmenta. La herida en la mano derecha, el pelo desprendido, el color azul, como el azul de sus ojos, como el azul de sus lágrimas, que va invadiendo poco a poco el cuerpo, como un vaso llenándose de no se sabe qué líquido. Herida tras herida, se deja llevar por la recolección de las plantas. Todas tienen su momento, todas tienen su lugar. Para ella ya no queda nada, más que vivir intensamente de su aroma, disfrutar de su cuidado (que ella misma se niega), mientras recuerda, mientras sigue perdiendo. Tal vez sean solo coincidencias, pero hay un libro al que me lleva este, y también es de una joven escritora checa: *Salvé a la muerte*, de Lucie Faurelo-

vá, en el que la protagonista se mataba a ratos, como si la única solución posible en este mundo en el que no encontramos nuestro lugar, fuera hacernos desaparecer lentamente. Anna camina hacia la oscuridad, entre las tormentas y los días de sol. Los rayos destruyen tilos centenarios y bicicletas. La vida destruye personas. Vivir es la mayor causa de mortalidad. Recuerdo a otro checo, a Bohumil Hrabal, que decía que la vida era triste pero bella, y es que este libro es triste pero bello. Y también recuerdo cuando contaba, en un libro suyo, cuando estubo a punto de morir, cuando de niño se cayó a una fuente, y entonces todo se iba volviendo más y más lento y le parecía estar sumergido en miel. Anna también se mueve entre la espesura de la miel, mientras teme a las avispas y las serpientes. Recuerdo aquel verano, aquí mismo, en el que me enfrente a un nido de avispas durante varios días. Recuerdo. Dentro de unos días seguiré recordando este libro. Dentro de unos meses, también. Seguramente en unos años, en algún momento, recordaré a Anna recogiendo gordolobo, ortigas o la reina de los prados. Persistencia de la luz, de la sombra. Lento descenso hacia la eternidad.



literaturas

literatura en détour

LITERATURAS.DETOURES

ENLACES: DETOUR.ES | DIARIOS.DETOURES |

[CORREO: REVISTADETOUR@GMAIL.COM](mailto:REVISTADETOUR@GMAIL.COM) |

[CUADERNOS DE NOTAS: FLIPBOARD.COM/@REVISTADETOUR](http://CUADERNOS.DE.NOTAS:FLIPBOARD.COM/@REVISTADETOUR)

[TWITTER/TDETOUR](https://TWITTER.COM/DETOUR) | [INSTAGRAM/REVISTADETOUR](https://INSTAGRAM.COM/REVISTADETOUR) | [FACEBOOK/REVISTADETOUR](https://FACEBOOK.COM/REVISTADETOUR)

MEMORIAS, AFECTOS, LUGARES

ÓSCAR BROX

QUERIDA AMIGA, DESDE MI VIDA TE ESCRIBO A TU VIDA, DE YIYUN LI (CHAI EDITORA)

En un primer momento, la escritura de Yiyun Li puede resultar incómoda. Conocemos lo básico de ella: que emigró de China a los Estados Unidos, que cambió su carrera de Ciencias por el impulso de escribir, que sacrificó la lengua materna por el inglés, que ha vivido varias hospitalizaciones, que la relación con su madre es, como mínimo, tirante, y que en su escritura palpita la tensión entre un contacto al que parece resistirse y un diálogo que no puede evitar. Esto último precipita una suerte de tira y afloja continuo a lo largo de cada uno de sus capítulos-ensayos, en los que Li nunca deja de preguntarnos en qué consiste una escritura (auto) biográfica. Lo justo sería señalar que esos fragmentos de vida no son especialmente amables para el lector, precisamente porque la autora no les proporciona un tono especial; más bien, el que les pondría en una mesa de disección o en una placa de Petri. Los observa, los corta, vuelve varias veces sobre ellos, tal vez en busca de esa sustancia moral que sirva para explicarlos un poco mejor.

La cuestión es que esto último lo encuentra, precisamente, cada vez que acude a su educación literaria; o, mejor dicho, a su sensibilidad literaria. Por ejemplo, en ese primer pasaje en el que habla de su viaje a Irlanda para tratar la obra de John McGahern, que Li comenta, casi, como si se tratase en primera instancia de la geografía de un lugar. También eso está presente en sus recuerdos de infancia en China, mezclado con el

peligro de caminar sola hacia casa o el colegio o las lecturas de Gorki, una de sus primeras referencias literarias. Lo que me gusta de Li es hallar el poso que ha dejado todo eso en su forma de escribir. Esa manera de prestar atención al detalle, pero también de ocultar un poco los sentimientos. Esto último puede sonar extraño, una vez dentro del libro, pero la sensación es que Li tarda bastante en abrir su mundo, que no en contárnoslo. Las anécdotas abundan, pero no todas tienen el cariz de una confesión. Por así decirlo, no todas sus confesiones funcionan como puertas de apertura para conocerla. A menudo, solo son episodios incómodos que nos colocan frente a su misma situación vital: una soledad demasiado ruidosa.

En las páginas de *Querida amiga, desde mi vida te escribo a tu vida*, se pueden encontrar lecturas de Mansfield y Philip Larkin, de Kierkegaard y Montaigne, de Virginia Woolf, Chéjov o Thomas Hardy. La mayoría de ellas, además de incisivas, son una estupenda muestra de lo que puede dar de sí el trabajo de ensayismo; al menos, de ese tipo de ensayo en el que se trasluce un estado de

ánimo. ¿Cómo explicarlo? Eso es, precisamente, este libro: un estado de ánimo. Es particularmente emocionante cuando habla de Larkin, por ejemplo. Pero también cuando su escritura se eleva por encima de la anécdota o la biografía para tejer un mapa sentimental. Dicho más fácilmente: cuando a Li le basta con escribir para hacerse más accesible al lector, abriéndose de una manera que ningún apunte vital es capaz de transmitir. Abriéndose a través de las lecturas.

Uno de los momentos más emocionantes del libro es aquel en el que Li rememora su amistad con William Trevor, tanto desde sus lecturas como desde su correspondencia y posterior visita (a Inglaterra y a los Estados Unidos). Aquí, de pronto, encontramos una forma de escribir sencilla, casi transparente, en la que Li se explica, nos cuenta, se expresa y nos arropa mientras observa los detalles de su amistad con Trevor. ¿Importan esos detalles? Lo hermoso radica en la manera de contarse, de incluirnos como lectores en esos pedacitos de vida. La construcción literaria. La soltura con la que imprime un ritmo, un tono, una profundidad y un

sentido moral en lo que cuenta. Cómo, por así decirlo, su vida se ha convertido en literatura, y viceversa.

En este libro de Yiyun Li la literatura parpadea entre fragmentos de vida, pero la cuestión en juego es, siempre, hasta qué punto una y otra cosa, literatura y vida, pueden ser contadas a través de la escritura. Y, sobre todo, para qué deben ser contadas. Posiblemente, para un lector la sensación de que Li pertenece a una comunidad de solitarios sea más que notable, porque muchos de sus pasajes comunican esa impresión de soledad. Lo más seguro es que sea la clase de escritora que se deja leer con menos facilidad que, pongamos, Peter Orner o, incluso, Donald Antrim. Sin embargo, en esa tensión entre un contacto o un diálogo que cuesta establecer se precipita lo más conmovedor del libro y, diría, de la escritura de Li. Cuando se vence su resistencia, o cuando se entiende que, sobre todo la escritura, es biografía. McGahern, Chéjov, Nabókov, la China de los primeros 80, Woolf, Estados Unidos, Trevor, los internamientos hospitalarios, la falta de conmisericordia, el autoextrañamiento... Yiyun Li no distingue entre unos y otros, no establece una jerarquía, sino que forma a través de ellos su lenguaje íntimo y personal. Recorrer su libro es recorrerla a ella, a su escritura esforzada, a sus momentos de pena y de extraordinaria belleza. A todo eso que trasciende la categoría de diario o de escritura íntima porque, sencillamente, se trata de literatura.

UN TAPIZ VITAL

FRANCISCA PAGEO

ÍNDICE, DE DOROTHEA TANNING (VASO ROTO)

A quien se inmiscuye en el arte, sea de la manera que sea -pintando, fotografiando o esculpiendo-, la escritura, las letras, las palabras... siempre las preceden, suceden o proceden. No hay artista al que las palabras le sean indiferentes, y no sólo por su evocación o el *logos* imaginal que conlleva la creación, sino también por la importancia de dejarlas constar en el papel. La necesidad de poner en la página en blanco una palabra, una idea, un esbozo. Lo que lleva a la creación y lo que sale de ella siempre se ha sentido como una curiosidad a la que terminamos recurriendo todos a los que nos interesa la obra de un autor. Dorothea Tanning, artista multidisciplinar que abogó por la corriente surrealista y dadaísta, procedió a la palabra poética en la última etapa de su vida. Cuando sus manos, creadoras de esculturas y pinturas, necesitaban posarse ahora sobre un lápiz y un cuaderno. Es entonces cuando nació este libro, *Índice*, el único poemario de la artista. Hay quien la llama nueva poeta, pero... ¿no es quizás su vida y su arte y su todo lo que han culminado en poesía? Estamos ante un poemario que se ordena alfabéticamente. Que se observa como una mesa llena de objetos. Objetos que usamos a nuestro antojo y observamos

y nos deleitamos con ellos. El objeto es lo otro, pero ese otro lo terminamos haciendo nuestro. Eso es lo que hace Tanning. Aquí, lo profundo de lo cotidiano, la historia de cada gesto, cada objeto y cada momento, toman lugar. La autora crea un diálogo entre todo. Entre lo que vemos y lo que sentimos. Quizá experimentar la realidad no sea más que eso: un diálogo. Una conversación que no sólo hacemos, sino que también presentiamos, ajenos y en tercera persona. Recogiendo las palabras, la luz, los contornos de las cosas, todo. Hay quien considera este libro un collage. No sólo por las palabras y hechos que recoge, sino también por la multitud de emociones, pensamientos, sentimientos dispares que Tanning ha sabido recolectar de la esencia de la vida. Ella no duda en vivir la poesía. Hay un hilo invisible en su telar de palabras. Un nexo de unión que recoge lo que no vemos con la realidad. Ella sabe tejerlo, sabe hilvanarlo, sabe hacer un hermoso tapiz lleno de colores, de formas, de materia, de luz, de palabras, de sombras, de hechos, historia, actos y consecuencias. De este modo, su libro es una advertencia sobre la vida. Una advertencia sobre lo que Tanning esconde tras el velo de sus ojos. Una advertencia, también, sobre el

misterio y el caos que precede a todo. Quizá Tanning, tras el acto creativo y a lo largo de su trayectoria vital, supo ver lo que la vida es en su pureza. Y nos la muestra. Titubeando, pero también nombrando y silenciando. Porque para unir palabras y esbozarlas como lo ha hecho ella, necesitamos de la pausa. Detenernos ante la vida y observarla.

Leámosla. Detengámonos ante lo que Tanning nos quiere mostrar. Quedaremos apaciguados y callados. Porque no lograremos encontrar palabras que hagan parar el silencio que nos provoca este poemario.

Dicen que los sueños duran sólo segundos sin saber cuánto permanecen en nosotros sin importar el tiempo que duren. O cuánto. ***

Él nos dijo: *con los años llegaréis a amar el mundo.*

Y nos sentamos allí con las almas en el regazo y las consolamos. ***

Mis ventanas son detectives privados. Se abren con autoridad: eligen dejar entrar o dejar fuera. Nada desanima su fervor.



5 DE OCTUBRE, 18:00
LIBRERÍA RAMON LLULL
EL CLUB DE LAS
PRÓXIMAS LECTURAS
POR DETOUR · CLUBDETOURES

LA PASIÓN
ANGÉLICO
LIDDELL
PASOLINI
ARTAUD · PONS
BERGMAN

